

RENOVACION Y POPULISMO

(Primer Comentario)

Eduardo Valenzuela C.



1.

El problema planteado tiene relevancia en cuanto se pregunta por la posibilidad de una política positiva (que se asume a sí misma eventualmente como razón de estado) en el marco de movimientos que encarnan una política negativa (que se olvidan del Estado y se resisten a actuar en su esfera).

En cuanto proposiciones para fundar una política positiva se ponen dos condiciones principales: a) que la política no se asuma a sí misma como ciencia, es decir, que renuncie a la pretensión de encarnar una teoría científica de la realidad social; y b) que se despoje de su propia utopía, y en general, de un sentido finalista (extinción del Estado) reduciéndose a funciones de articulación y representación de demandas sociales.

Ambas premisas se hacen eco de las concepciones antiestatalistas que predominan en la teoría socialista contemporánea. Se trata de empequeñecer, acotar y reducir el ámbito del Estado y la política, despojándola de sus atributos universalistas (científicos o utópicos), convirtiéndola en una actividad pragmática y especializada. En efecto, una política convertida en poder se vuelve extremadamente peligrosa cuando se proclama científica (por lo tanto depositaria de verdades establecidas al margen o por encima de la sociedad). Al mismo tiempo, la dramática experiencia de los socialismos reales confirma que el Estado no se disuelve a sí mismo ni legisla en favor de los de

rechos de la sociedad. La utopía acerca de su extinción es letra muerta en manos de los gobernantes. Pero la política no es solamente razón de Estado: no puede ser pensada solo positivamente, desde el punto de vista de la ética de la responsabilidad, o sea, desde la perspectiva del gobernante. La política es también negatividad: crítica del Estado y de las formas de dominación que se ejercen sobre la sociedad. En cuanto tal la pregunta por su eficacia es cuando menos insignificante. La extensión de la política, en la forma cómo se manifiesta en estos días, tiene precisamente esta dirección antiestatalista, "antiimperialista" según la terminología empleada: en este sentido, constituye un signo de renovación que merece ser tomado en cuenta y justipreciado en todo su valor.

2.

Los actuales procesos de renovación política se sustentan en dos clases de corrientes de este signo: la corriente populista de origen católico y la corriente de renovación intelectual y cultural. Ambas tienen orígenes y características que conviene separar.

El populismo católico tiene su punto de partida en los movimientos de renovación eclesial de los años sesenta. En la década siguiente son absorbidos políticamente y libran una penosa lucha teórica por asimilarse al marxismo. En los últimos años se expanden vertiginosamente retomando sus características originarias: sobre esta corriente incide poderosamente la desarticulación de los partidos (gran parte de cuya militancia nutre el actual movimiento y en cierta medida lo seculariza) y el quiebre de los paradigmas teóricos que les dieron sustento. Los rasgos populistas de esta corriente son bastante clásicos (usando como modelo el populismo ruso de fines de siglo): se trata de movimientos de "ida al pueblo" (opción por los pobres, educación popular, cultura popular, folklore, religiosidad popular, etc.) que intentan rescatar en la vida y cultura popular la energía necesaria para enfrentar un proceso de modernización capitalista que se desarrolla en los marcos inflexibles de un Estado autoritario.

La concepción populista en general se fundamenta en un doble rechazo: a) abjura de la ciencia y del paradigma del progreso o de la modernización que amenazan con desarticular la cultura y solidaridad populares; y b) rechaza las instituciones sociales y políticas (Iglesia, Estado, Partido y escuela) como formas de representación y mediación de la clase popular.

a) En cierto sentido al populismo conlleva una crítica conservadora a la modernidad capitalista: constituye una for-



ma de reaccionar y resistir esta modernidad, confía en la posibilidad de evitar que las clases populares sean contaminadas por su racionalidad y destruya sus valores, cultura y solidaridad espontáneas (véase la crítica del consumismo). En tal propósito busca una manera de inaugurar una nueva sociedad (socialismo) sin pasar por la etapa capitalista ni comprometerse en el marco de las instituciones sociales y políticas, de las cuales se halla normalmente excluido. Por su propia naturaleza es un movimiento que tiende al radicalismo político, aunque defiende celosamente la posibilidad de una "revolución desde abajo", es decir, la virtualidad de un movimiento que reabsorba al Estado desde la sociedad, o mejor dicho, desde un pueblo que se organiza y lucha fuera del Estado. En otro sentido, algo distinto, ocurre lo mismo con las corrientes de renovación teórica y cultural que han aparecido en los últimos tiempos. En este caso, sin embargo, se trata de movimientos que surgen de la modernidad. Ya no predicán un retorno a lo popular, sino más bien un regreso al individuo y formas de solidaridad primarias amenazadas y corrompidas por la opresión estatal y los excesos del progreso. En su vertiente más radical es un movimiento que se automargina de la política: un movimiento futuroológico, crítico e iconoclasta.

b) El populismo conlleva una crítica devastadora al partido: reclama contra de la imposición de contenidos externos a la conciencia popular, en cuanto define tal conciencia no únicamente como tradeunionista o corporativa, sino como portadora de una concepción espontáneamente democrática de la vida y del futuro social. En la experiencia popular estarían contenidas anticipadamente todos los elementos constitutivos de una sociedad nueva. El paradigma del populismo moderno son los movimientos de educación popular entendidos: i) como corrientes que se ubican al margen de las instituciones formales de enseñanza (crítica de la escuela como aparatos de desarticulación de la conciencia espontánea y de integración al sistema) y ii) como corrientes de renovación pedagógica que definen un método que permita la "toma de conciencia" necesaria para un proceso de liberación. En la vida -en la experiencia vital de las personas- se encuentra todo lo necesario para tal tarea de concientización; no es necesario recurrir a nada exterior a tales experiencias. El rechazo a la ciencia (como verdad establecida al margen de la vida, en el mundo académico o en los cánculos partidarios) es claro. El populismo reproduce esta crítica en todos los niveles: no solamente con respecto de la escuela y el partido, sino también de la Iglesia (cuyo carácter profético se desmiente en la institución) y del Estado (crítica de toda mediación institucional: rechazo al elitismo y las superestructuras).

Las tendencias populistas contienen una crítica implacable (aunque conservadora en cierto sentido) a la modernidad y otra, no menos virulenta, al Estado y las instituciones sociales en que reposa la opresión. El propósito de extinguir el Estado desde la

sociedad es evidente: a la escuela (formal, elistista) desde la educación popular (universal, liberadora); a la Iglesia desde las comunidades eclesiales de base; a la cultura oficial (académica, científica) desde la cultura popular; a la gran urbe desde las prácticas vecinales; al Estado, por último, desde las prácticas autogestionadas de la base social; y a la economía (privada, concentradora) desde las cooperativas de los trabajadores.

3.

En este proyecto la política opera siempre como antipolítica: se niega a institucionalizarse y se resiste a producir una clase política que represente en el Estado sus propósitos. Es obvio que en esto radica la debilidad histórica del proyecto populista, y en algún sentido, su virtualidad autoritaria. Este populismo adolece, además, de un síndrome imperialista muy peculiar: enarbola un proyecto total de sociedad y aspira a realizar en cada individuo la conciencia universal del Estado. Pero como se sabe, no es posible sustraerse tan fácilmente a la necesidad de Estado en sociedades complejas como las nuestras.

a) Estado y sociedad son realidades cada vez más imbricadas entre sí. El Estado no es exclusivamente un aparato de violencia que se impone sobre una sociedad desarmada; la sociedad misma produce y reproduce la dominación impuesta; ya no hay territorios incontaminados y puros desde los cuales sostener la crítica antiestatal.

b) La exigencia de modernidad y desarrollo, por su parte, es insoslayable. Ni siquiera se trata ya de una opción que podamos realizar libremente al modo como se hizo en el pasado. La necesidad del desarrollo (en el marco de economías complejas e interdependientes) remite al Estado y, por lo tanto, al replanteamiento de la utopía autogestionaria.

4.

Las premisas anteriores son absolutamente necesarias de tomar en cuenta a riesgo de convertir al socialismo en una apelación retórica o adherida a un utopismo revolucionario que indefectiblemente desaparece cuando "la política vuelve por sus fueros". El ejercicio de la política, en efecto, requiere de institucionalización, de mecanismos formales de representación y con toda seguridad del crecimiento y expansión del Estado (y estratégicamente, de un cierto tipo de Estado).

Cuando se establece tal necesidad de Estado (y mejor, su presencia insoslayable en la sociedad contemporánea) es ab-

solamente razonable y necesario acabar con la utopía de la política y, sobre todo, con su pretensión iluminista (ya sea a la manera de ciencia o utopía): la política deja de ser la expresión de una conciencia superior, general y totalizadora. La condición de una política democrática en estas circunstancias es precisamente ésta: abandonar su estatuto científico y sus pretensiones utópicas.

No obstante, es sabido que la política (en cuanto razón y actividad de Estado) no puede abandonar tan fácilmente ese papel articulador general. Mucho antes que reducirse el Estado se agranda e interfiere cada vez más poderosamente sobre la sociedad, al mismo tiempo que la demanda de Estado que se realiza desde ella crece velozmente. Todavía antes que una tendencia a flexibilizar y descentralizar el poder político se observa una tendencia inevitable hacia su burocratización.

Tal perversión de la política no constituye sólo una perversión teórica: la tentación iluminista de la política proviene de las raíces mismas de la constitución de los Estados modernos. Una política democrática (y la teoría de la soberanía popular) por lo tanto, no está exenta en modo alguno de tal perversión, aunque tenga el mérito indudable de construir determinadas reglas del juego que limitan y acotan la intervención estatal.

Frente a esta realidad es indispensable no sólo definir teórica e institucionalmente los márgenes de la política, sino reconocer el derecho de la sociedad de intervenir sobre y contra el Estado, en cualquier circunstancia. Una política socialista no puede renunciar en ningún momento a la demanda antiestatal que le da origen y le asegura su porvenir.

